

hemos visto esta composición, titulada *Elvira*, pero es de suponer que valdrá muy poco, como los demás versos en que su infancia se ocupaba.

No debía agradarle á Zorrilla la vigilancia de que era objeto en Valladolid, y sin duda se agravó su disgusto con la noticia de que su padre le esperaba muy irritado y que había dicho lo había de poner á cavar. Así es que, cuando lo pusieron al cargo de un mayoral para que lo condujese á Lerma, finalizado ya el curso, tomó Zorrilla la resolución de emanciparse al rigorismo paterno. Al pasar por un pueblo, cerca del término de su viaje, hubo de hacer alto en casa de un primo que allí tenía, y viendo pacer por el campo una yegua del pariente, montó en ella y volviendo á desandar lo andado tornó á entrar en Valladolid, siguiéndole horas detrás una requisitoria, é incontinente con la yegua del primo y unos cuantos reales siguió en derecha á Madrid, entrando pocos días después tan rico de esperanzas como pobre de presente en la coronada villa, sumidero de desventuras, seno de pobreza, abrigo de ilusiones y acreditada escuela donde cursa mejor el desengaño la enseñanza del mundo. Algo debió de aprender el fugitivo poeta durante los diez meses que siguieron á su llegada, en los que la menor incomodidad suya y el trabajo de menos pena era ir huyendo de las paternales pesquisas y los infinitos amigos de su casa, para lo cual dejó crecer melenas y barbas, usando anteojos y sobre todo contando con la desfiguración que obra el tiempo y más aun el malestar y la desgracia.

En la tarde del 15 de febrero de 1837 eran conducidos á la última morada los restos de D. Mariano José de Larra, cuyo trágico fin había llamado tanto la atención de toda la corte, afectando profundamente el ánimo de sus amigos. Rindieron estos el tributo de su amistad y de sus simpatías literarias, tan vivas entonces, al malogrado escritor, y sobre sus mortales despojos atestiguaban con sentidas palabras su pena, cuando se presentó entre ellos un joven desconocido, puede decirse, á la sazón, y leyó unos versos que entusiasmaron á la concurrencia. De entonces data la fortuna literaria de Zorrilla, aunque si bien aquella ocasión le vino á propósito, no le era indispensable para remontarse con el tiempo.

A los pocos meses transcurridos desde este suceso, se dió á luz el primer tomo de las poesías de Zorrilla, precedidas de un brillante prólogo de D. Nicomedes Pastor Díaz, y encabezadas con la composición dedicada á Larra. Está escrita esta producción con bastante sentimiento en algún trozo; no tiene nada de notable, á no ser la ligera

muestra de una imaginación lozana y de una percepción todavía incorrecta. Siguele una composición á Calderón, en la cual el autor trata de imitar este ingenio, y si bien pone á las claras el estudio que de él ha hecho, no logra más que remedar el juego de palabras y de imágenes desacertadas en que solía incurrir el gran poeta. En esta producción se echa de ver una falsa valentía de afectos, digna de notarse en aquellas redondillas que dicen:

Que si un mármol reclamó  
Tu grandeza y te le dieron,  
Segun lo que le escondieron  
Parece que les pesó.

Yaces en un templo, sí;  
Pero en tan bajo lugar,  
Que pareces aguardar  
Hora en que huirte de allí.

Mucho te guardan del sol,  
Temerán que te ennegrezca...!  
O tal vez no lo merezca  
Tu ingenio, y nombre español.

Este afectado sentimiento, cuya falsedad resalta en lo desacertado de la expresión, se refiere, como se ve, al espíritu de nacionalidad; y patente también se ve la afectación de que Zorrilla suele algunas veces adolecer cuando toca este punto en unos versos de este mismo tomo á la *estatua de Cervantes*.

Tu nombre tiene el pedestal escrito,  
¡En extranjero idioma por fortuna!  
Tal vez será tu nombre un *sambenito*,  
Que vierta infamia en tu española cuna.

¡Hora te trajo á luz desventurada!  
¿Español eres...? lo tendrán á mengua,  
Cuando á tu espalda yace arrinconada  
Tu cifra en signos de tu propia lengua.

El mayor número de las composiciones de este tomo son imitaciones no muy felices de Víctor Hugo, con algo de Lamartine y más del estilo de Calderón. El *Reló*, que es una de ellas, está escrita bajo la inspiración del ánimo afectado al considerar el curso eterno del tiempo que nunca vuelve atrás, y es una de las mejores del tomo. Pero Zorrilla no podía seguir por esta senda á que sus cualidades no

le conducian. En vano hacia muchos y fáciles versos, en vano pretendia atribular su corazon para que correspondiese al eco hondamente melancólico y profético de la poesía moderna, traslumbada de Shakspeare y Calderon, sentida de Byron, y casi razonada por Goethe; en vano intentaba verter profundos y trascendentales sentencias. Zorrilla no estaba sin duda satisfecho de sí mismo, él se sentia con facultades y no atinaba: en la *Indecision* acertó con su genio, y entonces exclamó:

¡Bello es vivir! la vida es la armonía,  
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,  
Un sol de fuego iluminando el día,  
Aire de aromas, flores apiñadas.

.....

¡Bello es vivir! se ve en el horizonte  
Asomar el crepúsculo que nace;  
Y la neblina que corona el monte  
En el aire flotando se deshace.

Y el inmenso tapiz del firmamento  
Cambia su azul en franjas de colores,  
Y susurran las hojas en el viento  
Y desatan su voz los ruiseñores.

.....

¡Bello es vivir! se siente en la memoria  
El recuerdo bullir de lo pasado;  
Camina cada sér con una historia  
De encantos y placeres que ha gozado.

Si hay huracanes y aguilon que brama,  
Si hay un invierno de humedad vestido,  
Hay una hoguera á cuya roja llama  
Se abre un festin con su discorde ruido.

Y una pintada y fresca primavera  
Con su manto de luz y orla de flores,  
Que cubre de verdor la ancha pradera  
Donde brotan arroyos saltadores.

Y hay en el bosque gigantesca sombra,  
Y desierto sin fin en la llanura,  
En cuya estensa y abrasada alfombra  
Crece la palma como yerba oscura.

Allí cruzan fantásticos y errantes,  
Como sombras sin luz y apariciones,

Pardos y corpulentos elefantes,  
Amarillas panteras y leones.

Allí entre el musgo de olvidada roca  
Duerme el tigre feroz harto y tranquilo,  
Y de una cueva en la entreabierto boca  
Solitario se arrastra el cocodrilo.

¡Bello es vivir! la vida es la armonía,  
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,  
Un sol de fuego iluminando el día,  
Aire de aromas, flores apiñadas.

.....

Aquí está el genio de Zorrilla; esta es su poesía, esta la voz de su alma; aquí su imaginacion emprende libre y desembarazada la senda que le marcó el destino; vida, animacion, lozanía, luces y colores. Ya el poeta es espontáneo, ya no busca conceptos; todo lo que dice lo siente, su corazon se satisface.

Y he aquí que el poeta, al conocerse á sí mismo, siente que en su ánimo se renuevan las dulces, vagas y temerosas impresiones de la infancia, aquellos inolvidables sentimientos que acaso yacen á veces en el corazon adormecidos; pero que siempre determinan la índole de nuestro carácter. Zorrilla, cuando ya comprende el de su talento, se propone ser poeta nacional, y así lo declara en la dedicatoria que del tomo segundo de sus poesías hace á D. Juan Donoso Cortés y D. Nicomedes Pastor Diaz.

¿Puede haber en España ahora una poesía nacional? ¿cual seria su efecto? ¿qué cualidades distintivas ha de tener? En verdad que es oportuna esta ocasion para decir cuatro palabras acerca de las antecedentes cuestiones, que se ocurren al discurso á cada paso y compás del clamoreo que repetidamente se levanta para censurar con acritud nuestra literatura moderna, pidiendo nacionalidad á voz en grito y con mas impremeditacion que otra cosa.

Podria haber en nuestro tiempo una literatura nacional cuando la España de nuestros dias conservase un carácter escepcional, ¿y quién se atreverá á determinar el que hoy dia la distingue? Nadie seguramente, y el mas perspicaz razonador cuando intente llevar á cabo esta idea, lo único que logrará será describirnos el carácter que la España tuvo. Esto, y nada mas, es lo que hacen los que están empeñados en que los moradores de España han de formar una comunidad de particulares condiciones. Ningun pueblo del mundo goza mas completamente de esta distincion que los cafres, los habitantes de

Otaí y los beduinos; ¿qué lograrían estos pueblos con mantener intacta su nacionalidad? lograrían no salir jamás del mismo ser y estado. Acaso sin embargo les convendría esta inmovilidad; y aunque esta consecuencia es en verdad falsa, la inmovilidad además es imposible: hasta en las más torpes é inanimadas partes de la creación el movimiento es ley indeclinable; no hay reposo en el universo. Ni aun cuando fueran las naciones peñascos enclavados en las entrañas de la tierra podrían decir: *Seremos como somos*. ¿Cuánto menos los hombres, piedra de toque de la creación, resultado el más complejo de todas las fuerzas, punto donde todos los movimientos se cruzan, foco de variedad sujeto no solo á toda acción estraña sino también á la mútua influencia de ellos mismos?

Sigue la creación un camino que nos es desconocido, y en el curso de ese viaje misterioso, toda modificación busca y halla la muerte, toda diferencia va á perderse á un mismo seno, y todo se dirige á un solo fin. Aun obedeciendo á leyes secundarias el calórico tiende á su equilibrio, las aguas propenden á un punto y encuentran su nivel; así la humanidad tiende á un solo punto y á un nivel único como el líquido de un vaso que oscilando en decrecientes alteraciones y desigualdades, encuentra su centro; así las ideas tienden al cosmopolitismo, como al equilibrio el calórico.

Nace el sonido y conforme transcurre el espacio va muriendo; así las causas especiales que formaron la nacionalidad española se han ido amortiguando y tocan á su fin; apenas el ojo más perspicaz las trasluce desvanecidas tras el tiempo; apenas el más delicado oído percibe ya esos sonidos como un eco remoto y moribundo. La invasión de los fenicios, la de los cartagineses, y la de los romanos debieron concurrir á crear una nacionalidad española; pero aquella nacionalidad ya murió. Sobrevino la irrupción de los bárbaros y su combinación con el cristianismo, con la de los árabes y la guerra de los siete siglos volvieron á crear otra nacionalidad que debió llegar á su apogeo en el reinado de los reyes católicos; mas en este mismo punto principia ya á modificarse con el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, y mil sucesos sobrevienen sin interrupción que tienden todos á destruirla. En vano es hacer aquí una reseña que pertenece á la historia, sería demasiado prolija y sobre todo bien escusada.

Corría el siglo xviii y la nacionalidad española ya no vivía más que pasivamente, y á principios del xix fué menester todo el violento é intempestivo contraste de la revolución francesa y de la irrupción es-

trangerera para que España saliese un momento de su letargo y sintiese renacer en sí misma el ánimo de los viejos tiempos. Todo ha caducado ya en España: la alta clase es absolutamente francesa; la clase media conserva algún ligero recuerdo de la tradición; pero tradición que ya no se apodera del alma: el pueblo bajo de las capitales es ateo en religión, ateo en política, y solo fuera del recinto de las grandes poblaciones vegetan los rastros de una nacionalidad perdida. ¡Singular circunstancia! es tal la falta de carácter propio de que la España adolece hoy día que hasta esa reversion que parece indicarse hácia la religión y el culto, hasta esa reacción le viene de Francia! ¿Qué estrañamos, pues, que el país se manifieste tan estraño á todas las cuestiones que hoy agitan el mundo si no se acuerda ya de lo pasado ni comprende todavía lo presente?

¿De la antigua España qué es lo que resta? alguna honesta familia de la clase media que ha educado sus hijos sin esmero, pero con la cristiandad y rigorismo propios de tiempos pasados. ¿No recuerdan algunos jóvenes de hoy, no sienten de vez en cuando, el afecto religioso que alguna vez siendo niños sintieron en el templo de Dios, movidos por la solemnidad de las ceremonias sagradas? Este afecto empero carece ya de fé, se recuerda acaso porque en los primeros años se sintió, mas la creencia no hubo tiempo de arraigarse en el alma: he aquí sin embargo el más venerando resto de nuestra nacionalidad.

Zorrilla, que creyó dedicar á este su pluma y que hizo bien, Zorrilla volvió á acordarse de los años de la infancia; pero hijo de este siglo que vino tan poco encadenado con los que pasaron ya, no le ha sido posible concebir la nacionalidad española como debió ser en los tiempos antiguos, sino como la moderna España se figura que fué. Así es que, al través del empeño que el poeta manifiesta por herir los sentimientos del país, por ser exclusivamente tradicional, resaltan más que nada por una parte sus grandes facultades descriptivas, y por otra se advierte que, cuando intenta hacer tornar la España á lo que fué, es él quien se deja llevar por lo que la España es. Por esto es Zorrilla nuestro gran poeta popular, como ninguno sino él puede serlo, porque vino á la hora precisa y á donde debía venir como viajero que llega al término de su viaje. ¿Cómo será posible que entremos nosotros ahora á explicar las oportunas dotes que á este poeta distinguen? ¿cómo podremos hacer mención de todas las bellezas que en sus poesías líricas resaltan? sería necesario transcribirlas en su mayor parte. Asombra su fecundia, la facilidad de su imagina-

cion, la lozanía de su verba poética, la riqueza de versificación que despliega, y si nunca se ocupa profundamente de los afectos ni de la razón, es en cambio testigo de su propia gloria.

¿A quién no encantaron aquellos versos de la paráfrasis del *Dies iræ*?

Hizo al hombre de Dios la propia mano,  
Que tanto para hacerle fué preciso,  
Hízole de la tierra soberano  
Y le dió por palacio el paraíso.

Ágil de miembros, la cerviz erguida  
Orlada de flotante cabellera,  
Los claros ojos respirando vida,  
Luenga la barba y con la voz severa.

Y la bella descripción que sigue hasta la de Eva que

Era la hermosa de gentil talante,  
Acabada de pechos y cintura,  
De enhiesto cuello y lánguido semblante.  
Rebosando de amor y de ternura.

Clara la frente, altiva y despejada,  
Negras las cejas, blanca la mejilla,  
Rasgada de ojos, blanda la mirada  
Do turbio el sol en competencia brilla.

Tendida por los hombros la melena  
La blanca espalda de la luz velando,  
Hallóla Adán, al despertar, serena,  
Sus varoniles formas contemplando.

Véase con cuan dulce afecto recuerda el poeta las impresiones religiosas de su niñez, refiriéndose á la cual esclama en su composición á la *Virgen al pié de la Cruz*:

Entonces ¡ oh Madre!  
Recuerdo que un día  
Tu santa agonía  
Contar escuché:  
Contábala un hombre  
Con voz lastimera;  
Tan niño como era  
Postréme y lloré.

El templo era oscuro:  
Vestidos pilares  
Se vian y altares  
De negro crespon;

Y en la alta ventana  
Meciéndose el viento  
Mentía un lamento  
De lúgubre són.

La voz piadosa  
Tu historia contaba;  
El pueblo escuchaba  
Con santo pavor.  
Oía yo atento  
Y el hombre decía:  
« ¡ Y quién pesaría  
« Tamaño dolor!

« El Hijo pendiente  
« De cruz afrentosa,  
« La madre amorosa  
« Llorándole al pié... »  
El llanto anudóme  
Oído y garganta;  
Con lástima tanta  
Postréme y lloré.

La voz conmovida  
Seguía clamando..., etc.

Este es uno de los mejores trozos de Zorrilla como poeta de sentimiento, las dulces melancólicas memorias de la infancia lo han despertado en su alma. ¿ Y qué corazón no se conmueve al soplo de esos ternísimos afectos que son como bálsamo de las penas? ¿ cuánto mas el de Zorrilla tan accesible á todos los afectos fáciles, á todas las impresiones estrañas y á todos esos sentimientos que pueden llamarse de poca consistencia, pero que interesan tan agradablemente el ánimo? Zorrilla, siempre poeta, todo lo siente, nada le absorve exclusivamente: ahí esa variedad que en sus composiciones se observa, esa facilidad asombrosa que le distingue. ¿ Quiere cantar la *gloria y el orgullo*? los versos brotan á raudales de su pluma:

¿ Qué es el placer, la vida y la fortuna,  
Sin un sueño de gloria y de esperanza?  
Una carrera larga é importuna  
Mas fatigosa cuanto mas se avanza.

Regalo de indolentes sibaritas  
Que velas el harem de las mugeres,  
Opio letal que el sueño facilita  
Al ébrio de raquíuticos placeres,

Lejos de mí; no basta á mi reposo  
El rumor de una fuente que murmura;  
La sombra de un moral verde y pomposo,  
Ni de un castillo la quietud segura.

No basta á mi placer la inmensa copa  
Del báquico festin, libre y sonoro,  
De esclavos viles la menguada tropa  
Ni las llaves de espléndido tesoro.

De un Dios hechura como Dios concibo;  
Tengo aliento de estirpe soberana...

.....

Un verdadero entusiasmo rebosa en esta composición; nada nos ha dicho en ella Zorrilla que corresponda á ese verso « *De un Dios hechura como Dios concibo* » y nos ha seducido sin embargo, y la imaginación del lector simpatiza con la suya cuando él esclama :

*Gloria!* madre feliz de la esperanza,  
Mágico alcázar de dorados sueños,  
Lago que ondula en eternal bonanza  
Cercado de paisajes halagüeños.....

Donde con mas propiedad resalta la índole de nuestro poeta es en los cuentos y leyendas que ya entre sus demas poesías ó bien en volúmenes separados con el título de *Cantos del Trovador* lleva publicados hasta el día con singular fortuna y gloria; ellos son la mas preciada hoja de su corona. Desde muy temprano manifestó Zorrilla tendencias á este género, el mas popular de todos los países, aunque respectivamente en unos y otros se diferencia de formas y carácter. En su segundo tomo de poesías ya publicó dos, titulado el uno : *Para verdades el tiempo y para justicias Dios*; el otro lleva el título *A buen juez mejor testigo*.

Su objeto al escribir en este género ha sido el mismo que le movió á variar la dirección que desde el principio habia tomado su poesía, y en verdad que si la nacionalidad española pudiese ser aun evocada del sepulcro de lo pasado y tornara á presentarse al oír la voz del poeta para permanecer su esclava, en verdad que esta misión estaria reservada á Zorrilla. La tradición titulada *A buen juez mejor testigo* es una prueba concluyente de este aserto. Diego Martínez corteja á Inés, hija del hidalgo Iban de Vargas y Acuña; exige la niña al amante que se cumpla su palabra de matrimonio y el mozo se escusa con que marcha á la guerra de Flandes y que á la vuelta cumplirá como es debido;

desconfiada la jóven le hace jurarlo ante un Cristo que hay en la Vega donde se verifica la cita. Lo jura y parte para Flandes de donde no vuelve sino capitán y caballero, trascurridos ya algunos años, y con los humos de su nueva condición rehusa entonces el cumplimiento de lo jurado; desde aquí en adelante y siguiendo la narración, Zorrilla se escede á sí mismo y toca la meta de sus afanes; es ya el poeta nacional, ha cumplido su empeño cuando dice :

Era entonces de Toledo  
Por el rey gobernador  
El justiciero y valiente  
Don Pedro Ruiz de Alarcon.  
Muchos años por su patria  
El buen viejo peleó;  
Cercenado tiene un brazo,  
Mas entero el corazón.  
La mesa tiene delante,  
Los jueces en derredor,  
Los corchetes á la puerta  
Y en la derecha el baston.  
Está como presidente  
Del tribunal superior...

.....  
Una muger en tal punto,  
En faz de grande aflicción,  
Rojos de llorar los ojos,  
Ronca de gemir la voz,  
Suelto el cabello y el manto,  
Tomó plaza en el salón,  
Diciendo á gritos : « ¡Justicia,  
Jueces : justicia, señor ! »  
Y á los piés se arroja humilde  
De Don Pedro de Alarcon,  
En tanto que los curiosos  
Se agitan al rededor.  
Alzóla cortés Don Pedro,  
Calmando la confusión  
Y el tumultuoso murmullo  
Que esta escena ocasionó  
Diciendo :

« Muger, ¿ qué quieres ?  
— Quiero justicia, señor.  
— ¿ De qué ?  
— De una prenda hurtada.  
— ¿ Qué prenda ?  
— Mi corazón.  
— ¿ Tu le diste ?  
— Le presté.

## DON JOSÉ ZORRILLA.

— ¿Y no te le han vuelto?  
— No.

— ¿Tienes testigos?  
— Ninguno.

— ¿Y promesa?  
— Sí, ¡por Dios

Que al partirse de Toledo  
Un juramento empenó.

— ¿Quién es él?  
— Diego Martínez.

— ¿Noble?  
— Y capitán, señor.

— Presentadme al capitán,  
Que cumplirá si juró. »  
Quedó en silencio la sala;  
Y á poco en el corredor  
Se oyó de botas y espuelas  
El acompasado són.  
Un portero, levantando  
El tapiz, en alta voz  
Dijo : « El capitán Don Diego. »

Y entró luego en el salón  
Diego Martínez, los ojos  
Llenos de orgullo y furor.  
« ¿Sois el capitán Don Diego,  
Dijole Don Pedro, vos ? »  
Contestó altivo y sereno  
Diego Martínez :

« Yo soy.

— ¿Conocéis á esta muchacha?  
— Há tres años, salvo error.  
— ¿Hicisteis la juramento  
De ser su marido?

— No.

— ¿Jurais no haberlo jurado?  
— Sí, juro.

— Pues id con Dios.

— ¡Miente! clamó Inés llorando  
De despecho y de rubor.

— Muger, ¡piensa lo que dices!..  
— Digo que miente, juró.

— ¿Tienes testigos?  
— Ninguno.

— Capitán, idos con Dios,  
Y dispensad que acusado  
Dudara de vuestro honor. »

Tornó Martínez la espalda  
Con brusca satisfacción,

## DON JOSÉ ZORRILLA.

É Inés, que le vió partirse,  
Resuelta y firme gritó :  
« Llamadle, tengo un testigo.  
¡ Llamadle otra vez, señor ! »  
Volvió el capitán Don Diego,  
Sentóse Ruiz de Alarcón,  
La multitud aquietóse  
Y la de Vargas siguió :  
« Tengo un testigo á quien nunca  
Faltó verdad ni razón.  
— ¿ Quién ?

— Un hombre que de lejos

Nuestras palabras oyó  
Mirándonos desde arriba.

— ¿ Estaba en algún balcón ?  
— No, que estaba en un suplicio  
Donde há tiempo que espiró.  
— ¿ Luego es muerto ?

— No, que vive.

— Estais loca, ¡ vive Dios !

¿ Quién fué ?

— El CRISTO de la Vega,

A cuya faz perjuró. »  
Pusiéronse en pié los jueces  
Al nombre del Redentor,  
Escuchando con asombro  
Tan escelsa apelación.  
Reinó un profundo silencio  
De sorpresa y de pavor,  
Y Diego bajó los ojos  
De vergüenza y confusión.  
Un instante con los jueces  
Don Pedro en secreto habló,  
Y levantóse diciendo  
Con respetuosa voz :

« La ley es ley para todos,  
Tu testigo es el mejor,  
Mas para tales testigos  
No hay mas tribunal que Dios.  
Haremos... lo que sepamos;  
Escribano, al caer el sol  
Al CRISTO que está en la vega  
Tomareis declaración. »

Es una tarde serena  
Cuya luz tornasolada

Del purpurino horizonte  
 Blandamente se derrama.  
 .....  
 Allá por el *miradero*  
 Por el Cambron y Visagra  
 Confuso tropel de gente  
 Del Tajo á la vega baja.  
 Vienen delante Don Pedro  
 De Alarcon, Iban de Vargas,  
 Su hija Inés, los escribanos,  
 Los corchetes y los guardias;  
 Y detrás monges, hidalgos,  
 Mozas, chicos y canalla.  
 Otra turba de curiosos  
 En la vega les aguarda,  
 Cada cual comentando  
 El caso segun le cuadra.  
 Entre ellos está Martínez  
 En apostura bizarra,  
 Calzadas espuelas de oro,  
 Valona de encaje blanca,  
 Bigote á la borgoñesa,  
 Melena desmelenada,  
 El sombrero guarnecido  
 Con cuatro lazos de plata,  
 Un pié delante del otro,  
 Y el puño en el de la espada.  
 Los plebeyos de reojo  
 Le miran de entre las capas,  
 Los chicos al uniforme  
 Y las mozas á la cara.  
 Llegado el gobernador  
 Y gente que le acompaña  
 Entraron todos al claustro  
 Que iglesia y patio separa.  
 Encendieron ante el Cristo  
 Cuatro cirios y una lámpara,  
 Y de hinojos un momento  
 Oraron allí en voz baja.  
 Está el CRISTO de la Vega  
 La cruz en tierra posada.  
 Los piés alzados del suelo  
 Poco menos de una vara;  
 Hacia la severa imágen  
 Un notario se adelanta,  
 De modo que con el rostro  
 Al pecho santo llegaba.  
 A un lado tiene á Martínez,  
 A otro lado á Inés de Vargas.

Detrás al gobernador  
 Con sus jueces y sus guardias.  
 Despues de leer dos veces  
 La acusacion entablada,  
 El notario á Jesucristo  
 Así demandó en voz alta :  
 « *Jesus, Hijo de María,*  
 « *Ante nos esta mañana*  
 « *Citado como testigo*  
 « *Por boca de Inés de Vargas,*  
 « *¿Jurais ser cierto que un día*  
 « *A vuestras plantas divinas*  
 « *Juró á Inés Diego Martínez*  
 « *Por su muger desposarla? »*  
 Asida á un brazo desnudo  
 Una mano atarazada  
 Vino á posar en los autos  
 La seca y hendida palma,  
 Y allá en los aires « ¡ Sí, JURO! »  
 Clamó una voz mas que humana.  
 Alzó la turba medrosa  
 La vista á la imágen santa...  
 Los labios tenia abiertos,  
 Y una mano desclavada.

Si el honor, la religion y el rigor justiciero constituian en su conjunto el carácter distintivo de los magistrados españoles en el tiempo á que esta leyenda alude, indudablemente en el gobernador Don Pedro están aunados con un admirable instinto de nacionalidad. Bajo este aspecto creemos que esta es la mejor leyenda de Zorrilla, porque ella comprende y desarrolla todo el espíritu de la tradicion, ya sea por la condicion de ella misma, ya porque el ánimo del poeta estuviera predispuesto á este particular asunto, ó acaso porque cuando se trata de determinar lo que entre las confusas percepciones de la educacion concebimos, con tanta mas espontaneidad se logra cuantos menos accidentes han sobrevenido en la inteligencia con el trascurso de los años. Lo cierto es que en los *Cantos del Trovador*, largo tiempo despues dados á luz, no resaltan tanto como en los cuentos primeros las afecciones nacionales, sino que han perdido en espontaneidad lo que en pretension de serlo han aumentado, y pudiera decirse que el sabor de la nacionalidad en ellos está mas diluido, es menos puro. Efectivamente en los *Cantos del Trovador* da á la imaginacion el poeta muchas largas á costa de las afecciones que son su objeto, y asi parece rendirse á la fuerza de sus facultades descriptivas empleadas no

siempre al fin propuesto, si mas bien á la satisfaccion del genio del que escribe, ó acaso á las obligadas dimensiones de la publicacion periódica. Bien que esta coaccion nunca es parte á que, peor ó mejor, no tome vuelo la índole del ingenio, sino que al contrario entonces rinde sus mas fáciles frutos. Sujeta la inteligencia á dar periódicamente un grande y medido producto, aun cuando sea sobre determinado objeto, tal escritor recurrirá á un talento filosófico, tal otro á la descripcion si le es fácil, y un tercero se arrojará al espacio de la fantasía, aunque todos acaso con desventajoso provecho al que de conciencia obtendrian.

En los *Cantos del Trovador* campea el ingenio de Zorrilla con una libertad y gallardía que enamora; allí está su alma, su vida, su inteligencia, todas las facultades que le adornan. En vano seria tratar de hacer el elogio de estas producciones sin estendernos en una larga copia de muchos de sus trozos.

Entre los varios cantos de esta publicacion hay uno en que el autor se propone escribir segun el género de Hoffmann; aludimos á la *Pasionaria* que el poeta quiere sea *cuento fantástico*; y aqui se presenta ocasion de decir cuatro palabras acerca de este género de poesia.

Si la descriptiva es la pintura de la naturaleza por medio de la palabra, puede la fantástica llamarse pintura de los pensamientos; ni una ni otra pueden existir sin imágenes. El mérito artístico de la primera consiste en la cabal correspondencia entre la imagen y el objeto, en la verdad física; el de la segunda lo constituye la relacion razonada que existe entre la imagen y el pensamiento. ¿Quién duda que á cada paso aplica el poeta las imágenes á objetos que no tienen ninguna correspondencia en la forma? Esto, pues, no es describir si nos hemos de atener á su sentido riguroso.

Cuando el poeta nos presenta imágenes sin correspondencia con la forma de objetos materiales y si solo con sus condiciones ó con el entendimiento, deja de ser por entonces poeta descriptivo, pasando á hacer uso de la fantasía que es la facultad de espresar por imágenes las percepciones razonadas. A la fantasía pertenecen las comparaciones, ya se refieran á la accion, al modo, al atributo ú otra circunstancia cualquiera; bien es verdad que tanto mejores serán cuantas mas condiciones abracen y mas perfecta correspondencia observen. Las comparaciones toman diferentes formas en la espresion; pero en todas se sobreentiende el adverbio comparativo *como*.

Cuando Jorge Manrique dice :

Nuestras vidas son los rios  
Que van á dar en la mar,

escusado es notar que no quiere decir que materialmente los rios sean nuestras vidas; y el mérito de esta comparacion consiste en que considerando cómo trascurren nuestras vidas y acaban por dejar de ser, perdiéndose en un porvenir indescifrable, comprende el poeta la analogía que hay entre estas circunstancias y las de trascurrir los rios, dejar de ser tales y confundirse en la mar donde todas las aguas se pierden.

Acostumbra la fantasía á concebir sintéticamente las ideas, prescindiendo de circunstanciados pormenores que, sobre desvirtuar el efecto de la espresion, convertirian la inspiracion, estro ó númen en razonamiento; si bien la sintesis trae consigo el inconveniente de que los lectores no la comprendan quizá, en cuyo caso suele llevarlos el amor propio á condenar por malo lo que leen.

De lo dicho hasta ahora se deja conocer, y todo inteligente lo sabe, que no hay poeta sin su parte de fantasía, y asi precisamente ha de ser si se considera que á la altura en que el humano entendimiento se encuentra no puede existir ninguno esclusivamente descriptivo, pues bastaria la simple relacion con los hombres para infundirle conocimientos mas complicados. Se observa, sin embargo, que tanto mayor es el poeta, mas fantasía desarrolla, y se ve confirmado este aserto desde Moisés y Homero hasta el presente, y se echa tambien de ver que cuando mas incremento las ideas toman, tanto mas de arranque la fantasía. Examínese la copia de pensamientos que la Iliada arguye, y compárese con la que el Fausto de Goethe contiene; el resultado manifestará aquel principio, dando á entender en parte la razon de las diferencias que entre estas dos obras existen.

Una simple comparacion basta para enunciar un solo pensamiento; pero como rara vez dejan de ir estos encadenados entre sí, y frecuentemente lo están en suma complicacion, no bastan las comparaciones para esplicar la mente del poeta, y de aquí el echar mano de la accion para manifestar con ella la concatenacion de las ideas, que es lo que con mucha frecuencia hace la poesia fantástica. En este caso la accion que el poeta supone y que debe ir encaminada á un fin, puede decirse que es una série, una hilacion de comparaciones, cada una de las cuales representa un pensamiento parte del complejo á que la obra se dirige, y todas ellas de consiguiente tienen que estar sujetas á la lógica de los mismos pensamientos que representan, lógica que no consiste mas que en una série de mútuas referencias entre los